

la columna DE RAMÓN DÍAZ

SOBRE ESTO Y AQUELLO



No tengo idea de cómo superaremos nuestra condición. Un día lo haremos, sin duda, pero por ahora no entreveo cuándo, ni cómo, ni gracias a quién

El verdadero atraso

Si les contase que a raíz de esta columna que escribo semanalmente, tengo una nutrida correspondencia con lectores, les mentiría. En cambio, son legión los que se me acercan en la calle para interrogarme sobre el futuro de Uruguay. "¿Cómo salimos? ¿Cuándo salimos? ¿Cuánto más durará esto?" Y cosas por el estilo. Un hombre joven, a quien jamás antes había visto, llegó a pedirme consejo sobre si se iba con su familia al exterior o, eventualmente, podría encontrar aquí una solución para su vida, que por el momento se le mostraba esquiva.

Naturalmente, me rehusé a responder a éste, diciéndole que su problema era demasiado delicado; pero a los demás, en tanto me preguntan algo bajo forma impersonal, respondo siempre: "No tengo idea de cómo superaremos nuestra condición. Un día lo haremos, sin duda, pero por ahora no entreveo cuándo, ni cómo, ni gracias a quién". O algo equivalente. Como ven, trato de ponerle a mi respuesta un granito de esperanza, pero sustancialmente ella es pesimista. ¿Hago mal? Ardo en deseos de expresarles algo más halagüeño, pero mi manera de ser me impide falsear lo que pienso.

Otra manera de decirlo es ésta: Yo querría de mil amores ser más constructivo, pero necesito una base para ello. Algo que me evite ser un embustero. Por ejemplo, querría decirles: "XX está promocionando un camino viable. Les recomiendo que sigan su trayectoria en cuanto les sea posible. Por ahí puede resultar algo positivo". Algo así, por lo menos. Bien, pero: ¿Qué base me haría falta para aceptar esa actitud? Yo diría que sería preciso que la unanimidad general entre los hombres públicos de algún peso, en cuanto a cerrar los ojos a la verdad, mostrase al menos una hendidura.

Para explicarme tengo que contarles una anécdota. Releyendo prensa de tiempo atrás, por motivos que no vienen al caso, me encontré con una entrevista a Bob Traa, jefe de misión del FMI, en Búsqueda de marzo 2 de 2000. Entonces, al año y poco de que Brasil devaluara, la gente en Uruguay estaba preocupada por nues-



tra falta de competitividad, y hablaba mucho del "atraso cambiario". Bob Traa le dijo al cronista: "En Uruguay no hay atraso cambiario, hay atraso de reformas estructurales". Si yo le oyese decir a un político uruguayo algo así, me volvería súbitamente optimista. Lo que me desmoraliza es la unanimidad monolítica de todos en cuanto a descartar las soluciones racionales y aplicar una y otra vez las mismas cataplasmas. Uruguay, después de todo devaluó a su vez y seguimos igual que antes, más bien peor. Mientras de las reformas estructurales nadie se acuerda. Cuando uno las nombra, miran para otro lado.

Cito directamente del mismo órgano: "Opinó (Traa) que la economía uruguayana recuperará competitividad logrando más productividad y no devaluando". Aquí los políticos solo piensan en modificar parámetros nominales, como el tipo de cambio, bueno sólo para una dificultad coyuntural. Un incremento de productividad mejora la competitividad no por unos meses sino indefinidamente. Es un parámetro estructural, y es en la estructura que nuestro problema reside.

En un recorte de prensa más viejo aún, del mismo semanario, de 14/11/96, me encontré con un

documento de otro organismo internacional, el Banco Mundial (BIRF). El título era: "El gobierno relativizó estudio del BIRF que recomendó bajar drásticamente el gasto público y la presión impositiva". Es fantástico como en este país relativizamos todo lo sensato. ¿Acaso influencia de Einstein? El informe aconsejaba asimismo

Desmoraliza la unanimidad monolítica en cuanto a descartar las soluciones racionales y aplicar siempre las mismas cataplasmas

"eliminar la inamovilidad de los funcionarios públicos y los monopolios de las empresas públicas, así como continuar con las privatizaciones". Comentándolo por la radio, el entonces canciller Álvaro Ramos dijo que el documento del BIRF tenía un enfoque "tecnocrático". Claro, sólo un tecnócrata podría considerar factible derogar la inamovilidad de los funcionarios, sólo un tecnócrata o un marciano podrían olvidarse del referéndum de 1992. Estos asuntos son para políticos, gente que se amolda a la realidad y no se guía

por un libro de texto. Pero, ¿qué diríamos si, de hecho, la estrategia de los funcionarios del FMI y del BIRF fuese la única eficaz? ¿Vamos entonces a optar por lo factible a expensas de lo necesario? ¿Vamos a aceptar alegremente que nuestro hermoso país converja hacia una pradera desértica, antes de tratar de explicarle a los ciudadanos que la razón práctica es más fuerte que los mitos y las idiosincrasias? Yo vivo cerca del Consulado de Italia y veo las colas que duran todo el fin de semana, y cuya extensión se pierde de vista, para tramitar una ciudadanía foránea. ¿No sería deseable que en el Uruguay alguien se preocupara por retenerlos?

La inamovilidad de los funcionarios públicos fue establecida para evitar que el partido triunfador en una elección destituyese empleados nombrados por los adversarios para poner a correlligionarios en su lugar. Pero la Constitución no dice que si un trabajador público deja de ser útil, porque -digamos- se haya cerrado su repartición, igual debe ser mantenido por sus conciudadanos. De modo que una ley que recortase el presupuesto al mismo tiempo estaría autorizando su despido. Si se prescindiese de los trabajadores excedentarios, o por lo

menos de la mayoría de ellos, y se bajasen drásticamente los impuestos, se generaría enorme confianza en Uruguay - "ya no es el mismo país" diría la gente, aquí y en el exterior- y la inversión, nacional y extranjera, se pondría de nuevo en marcha. Los ex empleados públicos pronto serían empleados privados, con un inmenso crecimiento de la productividad media, restaurándose prestamente -en cosa de un año, según la experiencia internacional- el nivel de ocupación previa al cambio, para progresar después hacia la reducción del desempleo y el alza de los salarios reales. Naturalmente, un seguro de paro debería dar protección a las familias de los funcionarios licenciados durante el período de transición.

Este es el tipo de propuesta que no se formula nunca en nuestro país. Los funcionarios públicos gozan de un privilegio singular, que solía ser compartido con los bancarios pero, en la situación actual, es exclusivo. ¿Cómo justificar que, cuando se termina un edificio, los trabajadores de la construcción pierdan su empleo, salvo si tienen la fortuna de conseguir un nuevo contrato? Tenemos mucho más de cien mil hombres y mujeres parados en nuestro país. ¿Cómo explicar que la solicitud que se dispensa a los empleados del Estado, gobiernos departamentales y, en menor grado, bancarios, se haga humo cuando se trata de cualesquiera otros trabajadores? Lo más triste es que los trabajadores públicos gozan solo superficialmente de sus prebendas, largamente compensadas por el hastío de empleos vacíos de contenido, faltas de incentivos para el ahínco y la creatividad en el trabajo, con la sola perspectiva de rutina en la espera del ascenso por antigüedad que nunca llega, eventualmente de la jubilación o la muerte.

El verdadero atraso que sufrimos, como dijo Bob Traa, es de reformas estructurales. Ellas pueden transformar nuestro país, volverlo más próspero y más alegre. ¿Por qué todos los gobernantes y todos los políticos cierran los ojos a tal evidencia? He ahí una interrogante sobre la que vale la pena reflexionar.